

FELIPE PIGNA

LOS
GÜEMES

Y LA GUERRA DE LOS INFERNALES



FELIPE PIGNA
LOS
GÜEMES
Y LA GUERRA DE LOS INFERNALES

Enlazando ingleses

El flamante siglo XIX trajo transformaciones económicas y sociales a lo largo y a lo ancho del territorio colonial. Como señalamos anteriormente, en América ya circulaban las ideas de la Ilustración que habían dado vida a las tres grandes revoluciones iniciadas hasta entonces: la industrial, la norteamericana y la francesa. Al mismo tiempo, la corona española, tanto en España como en sus colonias, seguía adelante con las «reformas borbónicas» intentando mantener el control sobre sus territorios y expoliar a sus súbditos para extraer el máximo de recursos posibles para financiar la alicaída economía peninsular.

Fue en esos años y en ese contexto que Martín Miguel de Güemes, con catorce años recién cumplidos, ingresó como cadete a la 6ª Compañía. El joven respondía a todos los requisitos exigidos: era hijo de un hidalgo o de un oficial, capitán o cargo superior, y también tenía un nivel cultural satisfactorio.¹ Más tarde se incorporó a la 7ª Compañía del 3^{er} Batallón del Regimiento de Infantería de Buenos Aires, conocido como «el Fijo» y destacado en Salta, un tipo de unidad que se encargaba de formar militarmente a los habitantes de los centros urbanos para que pudiesen intervenir en el caso de algún tipo de contienda o disputa, muy comunes en una época donde los límites territoriales estaban en pugna.

Después de las sublevaciones indígenas sucedidas entre 1770 y 1780, el 3^{er} Batallón había quedado reducido a un puñado de soldados bastante desorganizado, de modo que la instrucción que recibió el flamante cadete no debe de haber sido muy exigente. Pero como con sus compañeros de milicia realizaban largas expediciones a caballo por las rutas que iban hacia el Pacífico y el Atlántico recorriendo los

¹ Güemes, *Güemes documentado*, tomo 1, op. cit., pág. 45.

pueblos, las quebradas y los hermosos valles de Salta y Jujuy, Martín Miguel pudo conocer más en profundidad su tierra y llegó a dominar «palmo a palmo los caminos al Alto y Bajo Perú, a Chile, al Paraguay, al Paraná, [y] a Buenos Aires».²

Los «indios» le enseñaron a superar los desafíos de la naturaleza, a entenderla y respetarla, y los gauchos, sus costumbres, su folklore y todo lo referido al ganado. Una vez más, el historiador Bernardo Frías destaca la gran destreza que tenían los habitantes de la campaña salteña para montar:

El gaucho de Salta [...], jinete invencible, [...] cruzaba con igual facilidad un campo abierto y solitario con la celeridad del relámpago, o saltaba sobre obstáculo peligroso sin disminuir la marcha o atravesaba la selva sin fin, espesa, enmarañada y espinosa donde casi no llegan a tierra los rayos del sol, tendido sobre el cuello de su caballo, jugando su cuerpo con destreza tal, que evitaba de ofensas a su cuerpo en el golpe de ramas y el choque de troncos, sin detener la velocidad de la carrera, persiguiendo sin descanso hasta recoger en el lugar oportuno, al ganado disperso.³

Todos estos aprendizajes contribuirían sin duda a convertir a Güemes en un gran jefe militar, capaz de superar las más variadas dificultades con una enorme ventaja estratégica respecto de sus adversarios.

Por aquellos años, en el tiempo libre que le dejaba su formación militar, el cadete Güemes se dedicó también a completar su instrucción civil en academias particulares y a cumplir paralelamente funciones como escribiente en la Tesorería que estaba a cargo de su padre. Eso le permitió ganar algunos pesos, que luego lo ayudarían a costearse su estadía en Buenos Aires.

² Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, Salta, Talleres Artes Gráficas, 1971, pág. 47.

³ Frías, *Historia del general Martín Güemes*, tomo 1, op. cit., pág. 150.

Rumbo a Buenos Aires

En 1803, Martín Miguel de Güemes, con 17 años, quedó al mando de su Regimiento, siempre como cadete, aunque le hubiese correspondido el grado de alférez. Desde su ingreso, tres años atrás, el número de soldados no había hecho más que decrecer, por lo que continuó cumpliendo sus acotadas funciones, esperando recibir alguna indicación del burocrático e ineficaz aparato virreinal respecto del destino de la Compañía. Como suele decirse, la necesidad tiene cara de hereje, y las órdenes recién llegaron en 1805, cuando la ciudad de Salta fue invadida por unos pasquines que ponían en duda la «luminosidad» del intendente gobernador, Rafael de la Luz, a quien acusaban de haber desconocido el resultado de la elección de cabildantes para imponer a sus partidarios. El clima estaba caldeado, y se suponía que una de las funciones de los regimientos era auxiliar en cualquier disputa o contienda que ocurriese dentro del territorio virreinal, pero el intendente de Salta le comunicó al virrey Rafael de Sobremonte⁴ que «la tropa del Regimiento de Buenos Aires existente en la provincia está reducida a un cadete y tres soldados viejos, por lo que no es suficiente para auxiliar las urgencias que tenga la Presidencia de Charcas».⁵ En respuesta, Sobremonte le ordenó enviar a Buenos Aires al único cadete de la Séptima Compañía del 3^{er} Batallón «a fin de que reciba la instrucción correspondiente a su clase».⁶ Esta decisión menor tendría una enorme influencia en el futuro del héroe gaucho.

Corría el mes de octubre de 1805 cuando el joven Martín Miguel, ya con veinte años, partió hacia la ciudad puerto. Llevaba con él a cuatro aprendices de música, que iban a Buenos Aires a estudiar para luego formar una banda en el regimiento de Caballería de Salta,⁷ que

⁴ «Don Rafael de Sobre Monte, Núñez, Castillo, Angullo, Bullón, Ramírez de Orellana, Marqués de Sobre Monte, Brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos, Virrey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata y sus Dependientes, Subinspector General de las Tropas de todo su Distrito, Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, Superintendente General Subdelegado de Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naipes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos en este Virreinato», según rezaba su extensa lista de títulos oficiales.

⁵ Güemes, *Güemes documentado*, tomo 1, op. cit., pág. 47.

⁶ *Ibidem*, pág. 48.

⁷ Miguel Ángel de Marco, *Güemes. Padre de los gauchos, mártir de la emancipación*, Buenos Aires, Emecé, 2014, pág. 21.

estaban bajo su responsabilidad. El largo viaje lo hizo en compañía de su cuñado, José Román Tejada, que se había casado con su querida hermana Macacha en 1803. Tejada pertenecía a una antigua familia muy respetada de Salta, con una larga historia de hacendados criollos, y era capitán del regimiento de Patricios de Salta. La relación entre los cuñados era estrecha porque compartían no solo cuestiones militares, sino miradas y opiniones sobre la compleja realidad que les tocaba vivir.

Según les informó el cadete Güemes a sus superiores, el 24 de diciembre ya habían llegado a Buenos Aires, donde se alojaron en el cuartel del cuerpo de Dragones, junto a una pequeña fuerza veterana de 50 hombres.

Durante los dos años que estuvo en la capital, continuó recibiendo instrucción militar pese a que tenía edad suficiente para ser oficial y a que ya había aprendido a manejar armas y tropas, al mismo tiempo que invertía todos sus ahorros y el dinero que recibía de su madre en educarse. Así está anotado en el testamento de Magdalena Goyechea, quien como vimos antes, consigna haber gastado 3000 pesos en la educación de su hijo, y también en un documento suscripto por Luis Güemes,⁸ que señala que Martín Miguel gastó en su propia educación 3800 pesos, un monto significativo para la época.

Por entonces, en Buenos Aires había dos institutos culturales que compartían un mismo edificio: la Academia de Arquitectura, Geometría y Dibujo, fundada en 1799 por don Juan Antonio Hernández,⁹ y la Escuela de Náutica, dedicada a impartir cursos a los oficiales y aprendices militares. Es muy probable que Güemes haya tomado clases en estos establecimientos y que, cuando los ingleses invadieron la ciudad y ambos institutos cerraron temporalmente sus puertas, haya continuado en forma particular con algunos de sus docentes. También es posible que siguiera asistiendo a clases de arte, dado que en Salta ya había comenzado a estudiar esta materia con el doctor Manuel Antonio de Castro.¹⁰

⁸ Figueroa Güemes, *Verdades documentadas*, op. cit., pág. 34.

⁹ La escuela se dedicaba a enseñar lo que hoy llamaríamos dibujo técnico, matemática y física, ya que estaba orientada a paliar la falta de ingenieros en diversos campos (agrimensura, construcción, artes aplicadas a la producción). Luego de la revolución, en 1810, Belgrano impulsó una nueva Escuela de Dibujo y Matemática, cuyos cursos se hicieron obligatorios para aspirar al grado de oficial en los ejércitos.

¹⁰ Figueroa Güemes, *Verdades documentadas*, op. cit., págs. 35 y 36.

Por aquellos días se le asignó la misión de controlar el contrabando en el área que hoy ocupa el puerto de Tigre y, como señala Martín Güemes Arruabarrena, frecuentaba la quinta de la familia Goyechea ubicada en la zona.¹¹

El Virreinato bajo el ojo inglés

Hacia finales del siglo XVIII Gran Bretaña atravesaba una etapa compleja. Pese a que se encontraba en pleno proceso de producción de manufacturas como consecuencia de la Revolución Industrial, había perdido sus colonias de América del Norte. Esto la llevaba a la búsqueda de nuevos mercados para colocar sus manufacturas y a su vez, productores de materias primas para sus fábricas.

La riqueza potencial y la ubicación del Virreinato del Río de la Plata representaba en este sentido una gran oportunidad, de modo que después de varios años de sopesar los intereses mercantiles y los riesgos militares, los británicos prepararon una expedición armada para poner un pie en la región y ganar su control político y comercial.

Previendo que el ataque se iniciaría en Montevideo, el virrey Rafael de Sobremonte envió la mayor parte de las tropas a esta ciudad, lo que dejó a Buenos Aires peligrosamente expuesta. Las infanterías de la sede del gobierno del virreinato no solo eran cada vez más escasas, sino que además carecían de lo que era vital para que pudieran desplazarse y defenderse: caballos (o mulas) y armamentos.

El «plan» de la administración virreinal era dejar que el enemigo tomase Buenos Aires, considerada indefendible, para luego cercarlo en la misma ciudad con todas las fuerzas que se consiguieran traer del resto del virreinato mientras se esperaba la llegada de los refuerzos marítimos. Pero después de la dura derrota sufrida en la batalla de Trafalgar,¹² España había perdido una parte importante de su flota

¹¹ Güemes Arruabarrena, Martín Miguel de, *General Martín Miguel de Güemes (1785-1821). La soledad de la misión y la fuerza de la gloria*, Salta, Mundo Gráfico, 2012, pág. 13.

¹² El saldo de Trafalgar fue tremendo: además de 3200 muertos y 7000 prisioneros, la flota franco-española perdió dos tercios de sus buques. Para los ingleses, la pérdida más sensible fue la de su comandante, el almirante Nelson, alcanzado por un disparo durante el combate.

de guerra, algo que complicó aún más la defensa de sus territorios en América, tanto que, cuando ante la amenaza de la invasión Sobremonte hizo un pedido de auxilio a la península, le respondieron amablemente que se defendiera como pudiera. También hay que decir que la corona española tampoco estaba dispuesta a armar a los criollos y adiestrarlos militarmente: ya los consideraba poco confiables y potencialmente peligrosos para sus intereses.

En los primeros días de junio de 1806, los ingleses ya habían llegado a la Banda Oriental, pero Sobremonte siguió pergeñando planes irrealizables e improvisando, y no quiso alertar a la población. Hasta que la noche del 24 de junio, mientras asistía a la función teatral de la obra de Moratín *El sí de las niñas*¹³ en la Casa de las Comedias, recibió una comunicación del Comandante de la Ensenada de Barragán, el capitán de navío francés Santiago de Liniers,¹⁴ en la que le informaba que una flota de guerra inglesa se acercaba y que había disparado varios cañonazos sobre su posición.

La expedición británica estaba a cargo del comodoro Home Riggs Popham¹⁵ y el brigadier general William Carr Beresford, jefe militar de larga trayectoria que había combatido contra Francia en el Mediterráneo y en las campañas inglesas sobre la India y Egipto, que habían decidido avanzar con la misión cuando se enteraron de que tanto

¹³ Obra de Leandro Fernández de Moratín, inspirada en el caso de una muchacha porteña, María Antonina Echeverría, cuyos padres no querían que se casara con un primo suyo del que estaba enamorada.

¹⁴ Santiago de Liniers y Bremond había nacido en La Vendée, Francia, en 1753. Estudió en Malta, donde fue honrado como caballero de la Orden Soberana. En 1775 se incorporó a la flota española durante la guerra contra los argelinos y tras esta campaña llegó con Pedro de Cevallos al Río de la Plata. Volvió temporariamente a Europa y se reincorporó a la marina española, en lucha contra los ingleses. En 1788 fue nuevamente destinado al Río de la Plata, donde se casó con la hija del rico comerciante Martín de Sarratea.

¹⁵ Home Riggs Popham (1762-1820) había ingresado en la Royal Navy en 1778 y actuó en casi todos los teatros bélicos navales ingleses desde entonces, en América, África y Asia, además de dedicarse al comercio en la India entre 1787 y 1792. Vinculado al duque de York desde 1793, estuvo al servicio del ejército y del Foreign Office, y cumplió misiones de coordinación de fuerzas navales inglesas con las de sus aliados, particularmente en Rusia. Participó en la mejora del código de señales navales con banderas, fue miembro del Parlamento entre 1803 y 1804 (luego lo sería nuevamente hasta 1812), comendador de la Orden de Malta y de la Orden de Bath (de ahí su título de sir) y miembro de la principal academia inglesa, la Royal Society. Desde 1817 y hasta su muerte, con el grado de contraalmirante, fue jefe de las fuerzas navales británicas en las Antillas.

Montevideo como Buenos Aires estaban desguarnecidas y se podían conquistar con nada más que mil soldados.

El desembarco se produjo en las costas de Quilmes, en donde los ingleses pasaron la noche, hasta que por fin las autoridades militares del virreinato decidieron hacer sonar la alarma general y reunieron en el Fuerte –hoy la Casa Rosada– a las pocas tropas disponibles y a los milicianos. En medio del desorden y después de repartir las pocas armas con las que contaban, los enviaron a distintos puntos de la ciudad para intentar una defensa improvisada. Martín Miguel y los hombres que estaban bajo las órdenes del Teniente Coronel Juan Antonio Olondriz, se apostaron en el Puente de Gálvez –el cruce sobre el río donde hoy está el puente Pueyrredón–, y ubicaron dos cañones volantes con los que se defendieron con empeño, hasta que los ataques del adversario fueron más poderosos y las municiones se agotaron.

Con las pocas tropas criollas dispersas o diezmadas, los ingleses pudieron cruzar finalmente el Riachuelo. En la mañana del día 27, cuando el general Beresford se enteró de que el virrey Sobremonte había huido con algunas tropas y los caudales públicos dejando a Buenos Aires y sus habitantes totalmente indefensos, entró en la ciudad. Antes de escapar, Sobremonte le había enviado al comandante a cargo una vergonzosa notificación en la que decía: «Si tiene tropa y armamento, defienda la ciudad; si no tiene, entréguela».¹⁶

El Cabildo virreinal de Buenos Aires, en su informe a la corona, decía:

Abisma, y no dejará de asombrar al mundo entero la toma de una plaza, que con el menor esfuerzo de su jefe podría ser defendida aun de muchas mayores fuerzas, ayudada por la defensa que le ha proporcionado la misma naturaleza. Está S.M. cierto, que el marqués de Sobre Monte ha hecho ingentes gastos de Real Hacienda para defender la plaza, y que nada se ha hecho en su defensa [...]. Estas han sido las resultas de estar el gobierno en un jefe apegado a inciensos y exterioridades, llevado de etiquetas, ignorante, malicioso y mal servidor de S.M.¹⁷

¹⁶ José Manuel Eizaguirre, *Páginas argentinas ilustradas*, Buenos Aires, Casa Editorial Maucci Hermanos, 1907.

¹⁷ Citado por Antonio Castello, «Sobremonte, ¿inocente o culpable?», *Todo es Historia*, n° 201, Buenos Aires, enero de 1984.

Y una copla popular de la época le hacía este «homenaje» al huidizo Marqués:

*Al primer disparo de los valientes
disparó Sobremonte con sus parientes.
Un hombre, el más falsario,
que debe a Buenos Aires cuanto tiene,
es un marqués precario
y un monte que viene
y sobre el monte ruina nos previene.*¹⁸

Como veremos, más allá del desprestigio personal del señor marqués, acusado de cobardía, lo que rápidamente se derrumbó fue la confianza en las autoridades nombradas desde la metrópoli.

Unos mil seiscientos hombres del regimiento 71 *Highlanders*,¹⁹ llamado también Real Escocés, desfilaron hasta la Plaza Mayor al son de tambores y con la bandera del imperio desplegada. El 28 de junio la hicieron flamear en el Fuerte y fue saludada por una salva de artillería desde la escuadra británica que dominaba el estuario del Río de la Plata. La ciudad pertenecía al imperio inglés, dominio que se extendería durante 46 días.

Tomando un buque a caballo

El virrey de Sobremonte huyó rumbo a Córdoba con cerca de un millón trescientos mil pesos plata. Y fueron los mismos capitulares porteños, es decir, los más ricos propietarios de la ciudad de Buenos Aires —llamados también, honoríficamente, «la gente más sana del vecindario»—, quienes presionaron y finalmente obligaron al virrey prófugo a entregar su tesoro. Y es que ante la amenaza de Beresford de cobrarse el botín en sus fortunas personales si no lograba dar con el tesoro de Sobremonte, estos «buenos señores» optaron —sentando un lamentable y exitoso precedente— por que el Estado se hiciera cargo de los gastos y «sugirieron» al virrey la entrega de los caudales públicos.

¹⁸ Copla popular anónima; en Arturo Capdevila, *Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938, pág. 41.

¹⁹ El Regimiento 71 de *Highlanders* escoceses era la principal fuerza británica de la primera invasión; se lo consideraba una unidad de elite.

Enterado Manuel Belgrano del episodio, comentó con desprecio: «El comerciante no conoce más patria, ni más rey, ni más religión que su interés».²⁰

El virrey siguió viaje, pero el tesoro fue entregado a una escolta inglesa en Luján el 30 de junio, y sería más tarde embarcado hacia Londres. Parte del botín se repartió entre la tropa.

El 2 de julio, por orden del virrey Sobremonte, Martín Miguel de Güemes fue enviado a Córdoba para trasladar a los cuatro aprendices de músicos con los que había viajado desde Salta,²¹ pero una vez terminada su misión, y nuevamente por orden de Sobremonte, días más tarde emprendió el camino de regreso a Buenos Aires. En esta ocasión debía acompañar al yerno del virrey y ayudante mayor de Dragones, Juan Manuel Marín, que llevaba un oficio de Sobremonte para Liniers, en el que le decía que no debía arriesgarse a entrar en la ciudad sin estar seguro del éxito de su misión, y que tenía que esperarlo para una operación combinada, dado que estaba regresando a Buenos Aires con un ejército de dos mil hombres.

Sin embargo, para entonces hacía rato que los porteños tenían en claro que los nuevos invasores buscaban instalar en el Río de la Plata una colonia con las mismas reglas que los españoles. De manera que habían comenzado a organizar una rebelión para echarlos de la ciudad, haciendo honor a la célebre frase que Belgrano dijo por aquellos días: «queremos al antiguo amo, o a ninguno».

Y el líder de la resistencia no era otro más que Santiago de Liniers, quien se había trasladado a la Banda Oriental, en donde entre voluntarios y veteranos había reunido un grupo de mil hombres. El 4 de agosto, las tropas criollas desembarcaron silenciosamente en el puerto de Las Conchas (hoy puerto de Tigre), que se encontraba a seis leguas –algo así como 30 kilómetros– de la ciudad. Y así, sumando más fuerzas clandestinas que se fueron uniendo a lo largo del camino, comenzaron la marcha hacia Buenos Aires.

Tras derrotar a la guarnición inglesa apostada en el Retiro, las fuerzas reconquistadoras siguieron avanzando. En los días siguientes, se les fueron sumando niños, ancianos y mujeres, españoles y criollos e integrantes de los sectores a los que los españoles llamaban «castas»,

²⁰ Manuel Belgrano, *Escritos sobre educación. Selección de textos*, La Plata, Unipe: Editorial Universitaria, 2011, pág. 36.

²¹ De Marco, *Güemes*, op. cit., pág. 25.

es decir, indios, pardos, morenos y esclavos. Allí estaba todo el pueblo, desde las lavanderas y los vendedores ambulantes a los encumbrados comerciantes y hacendados. Una población entusiasta y valiente, dispuesta a participar en la lucha, que fue acorralando con enorme decisión y coraje a los invasores hasta que el 12 de agosto de 1806 Beresford se vio obligado a capitular.

El joven Güemes, de 21 años, llegó a Buenos Aires esa misma tarde después de haber galopado por 30 horas a «mata caballo» desde La Candelaria, un paraje situado a 79 leguas (395 kilómetros) de la capital. Pese a la velocidad de la marcha, Güemes no había llegado a tiempo para entregarle a Liniers la misiva de Sobremonte, aunque sí para protagonizar un hecho inédito en la historia militar: la toma a caballo del buque *Justine*.

La embarcación inglesa tenía 26 cañones y estaba tripulada por oficiales expertos y más de 100 marineros que habían estado disparando sobre las tropas y también sobre algunos puntos clave de la ciudad. Sin embargo, por una repentina bajante del río, había quedado varada a unos 400 metros de la Plaza de Toros en el Retiro, en donde hoy, de manera paradójica, se encuentra la Torre de los Ingleses, frente a la estación Retiro, y en donde durante mucho tiempo estuvo emplazada la estatua del ministro inglés George Canning.

Cuando Liniers se enteró de la situación del barco, envió al cadete Güemes al Retiro con una orden para Juan Martín de Pueyrredón,²² jefe del escuadrón de Húsares de Buenos Aires:²³ debía presentarse en la playa y aproximarse al *Justine* con su tropa de caballería.

Al recibir el despacho, Pueyrredón puso bajo el mando de Güemes a unos 50 gauchos a caballo que, armados con lanzas, boleadoras, facones, sables y algunas tercerolas (un arma de fuego a mitad de camino entre una pistola y una carabina), salieron a galope tendido

²² Juan Martín de Pueyrredón (1777-1850). Brigadier general; organizó en 1806 la resistencia contra las invasiones inglesas; gobernador delegado de Córdoba en 1810; comandante en jefe del Ejército del Norte en 1811 y 1812; miembro del Primer Triunvirato; diputado por San Luis en el Congreso de Tucumán, Director Supremo de 1816 a 1819.

²³ Las unidades de húsares (del magiar *huszár*, literalmente, «bandolero») surgieron en las guerras contra los turcos otomanos en Hungría; pero, para el siglo XVIII, se habían convertido en fuerzas de elite de caballería en los ejércitos europeos y se destacaban por sus uniformes vistosos y enormes sables.

por las orillas del Río de la Plata, se lanzaron a las aguas y tomaron un buque de guerra de la marina más poderosa del mundo.

El hecho es mencionado por Alexander Gillespie,²⁴ un capitán inglés hecho prisionero, quien apuntó en sus memorias:

El día de nuestra rendición peleó bien y con sus cañones impidieron todos los movimientos de los españoles no solamente por la playa sino en las diferentes calles que ocupaban, también expuestas a su fuego. Este barco ofrece un fenómeno en los acontecimientos militares, el haber sido abordado y tomado por caballería al terminar el 12 de agosto de 1806, a causa de una bajante súbita del río.²⁵

Lo que el capitán inglés no mencionó fue el nombre del joven Güemes como autor de aquella rara hazaña y también evitó mencionar que obtuvieron como trofeo su bandera de guerra.

El tradicionalista argentino Pastor Servando Obligado –hijo de Pastor Obligado, gobernador de la Provincia de Buenos Aires–, publicó en el diario *La Razón* del 12 de agosto de 1920 un artículo titulado «Güemes en Buenos Aires», en el que escribe que Liniers le indicó a Güemes:

Usted, que siempre anda bien montado; galope por la orilla de la Alameda, que ha de encontrar a Pueyrredón, acampado a la altura de la batería Abascal, y comuníquele orden de avanzar soldados de caballería por la playa, hasta la mayor aproximación de aquel barco, que resta cortado de la escuadra en fuga...²⁶

La orden solo era de aproximarse al buque, sin referencia a su abordaje.

Dice Pastor:

²⁴ Gillespie era capitán del ejército británico y tras la rendición inglesa fue confinado como prisionero al valle de Calamuchita, en Córdoba. Fue liberado en julio de 1807, como consecuencia del armisticio firmado por los ingleses al ser derrotados en la segunda invasión. En 1818, dio a conocer, en Leeds, sus memorias de esa campaña, desde la toma de Ciudad del Cabo hasta su liberación.

²⁵ Alexander Gillespie, *Buenos Aires y el interior*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, pág. 79.

²⁶ Güemes, *Güemes documentado*, tomo 1, op. cit., págs. 72-74.

[...] con el agua al encuentro de sus caballos, rompían el fuego las tercerolas, cuando asomó el jefe [inglés], haciendo señas con un pañuelo blanco desde el alcázar de popa, rindiéndose.²⁷

Una vez que tomaron el *Justine*, Güemes y sus gauchos se apropiaron de la bandera británica, conocida como del Retiro, que fue puesta al servicio del capitán Liniers y llevada al templo de Santo Domingo (hoy se conserva en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires). Juan Bautista Alberdi también menciona este hecho:

Güemes bajo las órdenes de Liniers pelea en las jornadas de 1806-1807 en Buenos Aires, contra los ingleses y contribuye a arrancar las banderas que decoran hoy los templos de la orgullosa Buenos Aires.²⁸

Ingleses again

Aunque habían sido derrotados, los navíos ingleses siguieron en el Río de la Plata esperando los refuerzos que habían pedido Beresford y Popham. Tenían bloqueados los puertos de Buenos Aires, Montevideo y Maldonado, por lo que el general Liniers le dio patente de corso a Juan Bautista Azopardo²⁹ para que se encargara de la vigilancia de los barcos enemigos, y los atacara en caso de desembarco.³⁰

Para reforzar la defensa de Montevideo, Liniers envió compañías de Infantería, entre las que se encontraba la Séptima, que estaba a cargo de Martín Miguel de Güemes. Al cadete salteño se le encomendó una misión específica: seleccionar a ocho hombres y controlar

²⁷ *Ibidem*, pág. 74.

²⁸ Juan Bautista Alberdi, *Proceso a Mitre*, Buenos Aires, Caldén, 1967, pág. 147.

²⁹ Juan Bautista Azopardo (1772-1848). Coronel de Marina nacido en la isla de Malta; combatió en las invasiones inglesas y la guerra contra el Brasil; comandante de la flotilla formada por la goleta *Invencible*, el bergantín *25 de Mayo* y la balandra *Americana* en 1811. Fue derrotado en San Nicolás, tomado prisionero y llevado a España donde estuvo preso hasta 1820, a punto de ser condenado a muerte en varias ocasiones. Regresó al país, se reincorporó a la Armada nacional y participó en la Guerra contra el Brasil.

³⁰ Disponible en <https://www.argentina.gob.ar/armada/historia-naval/heroes-navales/coronel-de-marina-juan-bautista-azopardo> (consultado el 15 de marzo de 2023).

el movimiento de las barcas que circulaban en el río por la noche para impedir el contrabando de mercancías entre Buenos Aires y la capital de la Banda Oriental, cometido fundamentalmente por comerciantes ingleses.

Desde octubre de 1806 hasta junio de 1807, Güemes y sus soldados estuvieron cumpliendo la misión encomendada, hasta que la Banda Oriental quedó bajo dominio inglés y se les ordenó que regresaran a Buenos Aires.

Entendiendo que la invasión inglesa a Buenos Aires era inminente, el general Liniers trazó un minucioso e inteligente plan para organizar la defensa y determinó que el pueblo debía armarse aprovechando lo que tenía. Hizo fundir cañerías pluviales y trastos domésticos de plomo para convertirlos en balas; ordenó montar los cañones, trajo pólvora desde Chile y creó talleres de maestranzas y laboratorios de mixtos (mezcla para explosivos), que trabajaban día y noche. El eje de la resistencia era el Cabildo, que reunía los donativos, instalaba hospitales y guardaba y clasificaba el armamento. Esta vez, los piratas no iban a encontrar a un grupo desorganizado, sino a 8600 hombres y numerosos vecinos orgullosos y decididos a luchar por su soberanía.

Todos los habitantes de la capital del virreinato se transformaron en milicianos. Eran otros tiempos y a Liniers no le pareció mal que cada hombre se llevara las armas a su casa, aunque, por las dudas, puso las municiones de las unidades de combate a cargo de cada jefe.

Los nacidos en Buenos Aires formaron el cuerpo de Patricios, en su mayoría compuesto por trabajadores y artesanos pobres; los del interior formaron el cuerpo de Arribeños, así llamado porque sus integrantes, casi todos peones y jornaleros, provenían de las provincias «de arriba». Los esclavos y los indios formaron los cuerpos de Pardos y Morenos. Por su parte, los españoles se integraron en los cuerpos de Gallegos, Catalanes, Cántabros, Montañeses y Andaluces. En cada milicia, los jefes y oficiales fueron elegidos por sus integrantes, democráticamente.

Entre los jefes elegidos se destacaban algunos criollos que accedían por primera vez a una posición de poder y popularidad. Allí estaban Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez, Hipólito Vieytes, Domingo French, Juan Martín de Pueyrredón y Antonio Luis Beruti.

La ciudad se militarizó, pero también se politizó: las milicias eran ámbitos naturales para la discusión política, de manera que, en forma lenta, pero sostenida, el espíritu conspirativo iba tomando forma.

Tal como se preveía, pocos días después una nueva expedición inglesa, esta vez de 12.000 hombres y 100 barcos mercantes cargados de productos británicos, trató de apoderarse de Buenos Aires, pero los criollos no se dejaron amedrentar. Según cuenta Manuel José García en sus *Memorias*:

[...] cuando las 110 velas de la gran armada británica se divisaron en el horizonte, este espectáculo capaz de intimidar a los más aguerridos no causó el menor recelo a los colonos.³¹

Cuando los ingleses desembarcaron en la ensenada de Barragán, tal como estaba convenido, se hizo sonar la campana del Cabildo y en el Fuerte se dispararon tres cañonazos para dar aviso a las tropas y a la población de que pusieran en marcha los operativos militares cuidadosamente planeados.

En los primeros días de julio, las tropas inglesas se enfrentaron con los criollos, que utilizaron piedras, grasa derretida, disparos de artillería y empuñaron sus bayonetas, hasta que las columnas enemigas fueron cayendo una por una. La participación del cadete Güemes junto al Regimiento de Infantería es mencionada por Liniers, en un oficio en el que solicita algún tipo de recompensa para «los individuos que han contribuido a la gloriosa victoria que las armas de Su Majestad han conseguido sobre las enemigas». Güemes figura como integrante del plantel del Regimiento de Infantería «al otro lado del Puente y ataque a los Corrales de Miserere», «en el ataque a la Residencia» y «en las azoteas y defensa de esta ciudad hasta el fin» de la contienda. Liniers señala asimismo que «todos los individuos contenidos en esta Relación se han portado en todos los lances con el mayor valor...».³²

Su coraje y talento como soldado en las invasiones inglesas seguramente llamaron la atención del general Liniers, porque para 1807 Güemes integraba el «Batallón de Liniers», un cuerpo de granaderos conformado por cuatro compañías de 60 hombres cada una para guardia de honor del general. Tal como consta en diversos documentos, sin perder su condición de cadete, prestó servicios en ese batallón con el

³¹ Manuel José García, *Memoria*; en Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, tomo 1, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1958, pág. 132.

³² Güemes, *Güemes documentado*, tomo 1, op. cit., págs. 124 y 128.

grado de teniente, orgulloso de ser parte de una «peonada forastera» que le merecía el mayor de los respetos.³³

La Suprema Junta Gubernativa del Reino de Sevilla aceptó el pedido del general Liniers y, por su heroica actuación en la Reconquista y Defensa de Buenos Aires, el cadete Martín Miguel de Güemes, de 22 años, que durante las invasiones se destacó en el Regimiento de Infantería de Buenos Aires, fue premiado por el Rey de España, Fernando VII, con un pequeño escudo de paño y seda bordado, y recibió su merecido ascenso a subteniente,³⁴ que, con un exagerado *delay*, recién se haría efectivo en 1809.

La enfermedad del guerrero

Aunque es muy probable que haya participado de las celebraciones por la reconquista, no fue mucho el tiempo que Martín Miguel tuvo para disfrutar porque, según consta en las listas de los efectivos del Regimiento, en agosto de 1807 cayó gravemente enfermo. Güemes mismo se refiere a este hecho en una nota al virrey, en la que explica: «[...] después de haberme hallado en la Reconquista, defensa de la Capital del Reino y campañas que se hicieron en la Banda Oriental de Montevideo me han sobrevenido gravísimas enfermedades que me acercaron al sepulcro...»³⁵ y pide ser trasladado a Salta.

Su solicitud fue rechazada por sus superiores en Buenos Aires argumentando que se lo necesitaba para el Regimiento de Infantería,³⁶ hasta que recibió una carta en la que le daban una triste noticia: su padre, don Gabriel de Güemes Montero, había muerto el 14 de noviembre de 1807, a los 59 años. Volvió a pedir una licencia para trasladarse a Salta y encargarse de los asuntos de su familia, petición que el virrey Liniers aceptó casi de inmediato.

A pesar de lo penoso que debe de haber resultado el largo viaje por el serpenteante Camino Real, enfermo y en duelo por la muerte de su padre, Güemes regresó a su tierra con mucho en su haber. Había

³³ *Ibidem*, pág. 152.

³⁴ Luis Oscar Colmenares, *Martín Güemes. El héroe mártir*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999, pág. 24.

³⁵ Güemes, *Güemes documentado*, tomo 1, op. cit., pág. 154.

³⁶ *Ibidem*, págs. 55 y 59.

podido probar su capacidad como soldado y líder en las invasiones inglesas, y obtendría por su brillante actuación un importante ascenso en la carrera militar, pasando de ser cadete a subteniente. Tenía nuevos conocimientos y había estado en contacto con ideas revolucionarias, que luego intentaría que permearan en una sociedad conservadora como la de Salta, y se había relacionado con muchos de los hombres que serían sus camaradas de armas y políticos, varios de ellos amigos entrañables con quienes compartiría la gesta emancipadora que se daría en la siguiente década.

Al llegar a la casa familiar en diciembre de 1807, Güemes se enfrentó a la ausencia de su padre y a una madre que había quedado sola y a cargo de sus hijos, varios de ellos muy pequeños: Juan Benjamín tenía apenas 5 años, José 4, Manuel 3 y Napoleón 2. Según las convenciones, quien debería haberse hecho cargo de la situación era Juan Manuel, su hermano mayor, pero ya era doctor en derecho y todavía se encontraba en Chuquisaca, por lo que Martín Miguel y su hermana Macacha, junto con Román de Tejada, su marido, se transformaron en el sostén de María Magdalena Goyechea y de los hermanos pequeños.

En 1809, una vez que se recuperó de su enfermedad y considerando que su madre se había casado con el sargento mayor Juan Francisco Martínez de Tineo, Güemes solicitó ser reincorporado a la vida militar. Por su bien ganada fama en la defensa de Buenos Aires, Nicolás Severo de Isasmendi, gobernador de Salta, lo sumó de inmediato a la Guarnición Militar de la Intendencia, según afirma el historiador Atilio Cornejo,³⁷ con el grado de teniente.

Para entonces, un grupo de patriotas comenzaba a organizar las luchas por la emancipación y el futuro general estaba ansioso por participar.

³⁷ Cornejo, *Historia de Güemes*, op. cit., pág. 49.